

FUNDAMENTOS DE LA GUERRA POLITICA

General ALVARO VALENCIA TOVAR

INTRODUCCION

La guerra ha tenido a través de los siglos una expresión horizontal, manifestada por el choque de ejércitos convencionales empeñados en destruirse recíprocamente. Definida por Clausewitz como la continuación de la política por medio de la fuerza, culmina por la imposición de la propia voluntad al adversario mediante la victoria militar.

La segunda mitad del Siglo XX ha venido a alterar fundamentalmente esta concepción histórica, con el surgimiento de lo que bien puede denominarse la Guerra Vertical. Es decir, una lucha armada que surge desde las raíces mismas de la sociedad y asciende por métodos irregulares hacia la cúpula del Estado para destruirlo. Es lo que en forma sutil cabe dentro del término de **Guerra Política**.

El Estado, dentro del pensamiento político occidental, es una concepción moderna. Hasta el Siglo XVI, bien avanzado el Renacimiento, las guerras se libraron entre principados, pequeñas repúblicas, ciudades, alianzas nobiliarias, dinastías. No pocas confrontaciones armadas se originaron en razones religiosas. A partir de entonces comienza a tomar cuerpo el concepto de nación, concomitante con el Estado como entidad diseñada para regir sus destinos.

En un comienzo la concepción de Estado revistió perfiles autocráticos en toda Europa, a excepción de Inglaterra, donde se perfila la idea democrática con el parlamento y el gobierno electivo que concede al ciudadano el derecho de participar en su gobierno por intermedio de representantes designados por él.

La Revolución de Independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa introducen la república dentro del marco político del Estado. Las monarquías autocráticas ceden el paso a formas constitucionales de gobierno y la democracia toma cuerpo aún dentro de regímenes monárquicos que en Inglaterra sentaron la doctrina de que "el rey reina pero no gobierna". El Estado democrático es fuerte en cuanto recibe el apoyo de las mayorías populares, pero débil porque no se basa en la fuerza sino en el consenso ciudadano para convivir en un sistema de libertades y derechos.

Esta fragilidad de la democracia se hace particularmente notable en Estados que no han podido realizar el bien común. En términos globales en el denominado Tercer Mundo, caracterizado por distancias abismales entre clases sociales, marginalidad, superpoblación con sus secuelas de abandono, ignorancia, atraso y desequilibrios

en el acceso a las oportunidades. En suma, escenarios ideales para la Guerra Política.

Surgimiento.

La Segunda Guerra Mundial dio a la guerra de guerrillas un auge considerable. En la profundidad del espacio ruso, los fragmentos del dislocado ejército soviético la adelantaron contra las líneas de comunicaciones del vertiginoso avance alemán, que dejaba a sus espaldas fuerzas considerables del enemigo apoyadas por la población civil. En las montañas griegas y yugoslavas, en las ciudades y campos de diversos países sujetos a la ocupación nazi, surgieron bandas irregulares con una doble expresión: terrorismo y guerrilla tanto rural como urbana.

Terminada la contienda, comienza el período conocido como el de la Guerra Fría, caracterizada por el forcejeo entre las dos superpotencias resultantes de la confrontación. La Unión Soviética tomó ventaja de su victoria para proyectar el comunismo hacia el mundo, más como instrumento de dominación universal que como ideología política. Consciente de que una confrontación nuclear desembocaría en destrucción recíproca, halló más práctico y remunerativo utilizar la Guerra Política para subvertir regímenes

en países que podrían resultar valiosos como objetivos geopolíticos.

La descolonización y la Guerra Política.

La extinción de los imperios oceánicos para dar paso al poder de las masas continentales predichos por el geógrafo inglés Halford MacKinder en pleno auge de la era victoriana, permitió a la Unión Soviética y en algunos casos a la China Roja, aplicar la Guerra Política en los países en proceso de ganar su independencia de potencias coloniales que no aceptaron, como sí lo hizo la Gran Bretaña, el surgimiento de nuevas naciones de sus antiguas colonias.

La Indochina francesa constituye ejemplo típico de este fenómeno. Fuerzas independentistas de diversos matices fueron naciendo en la clandestinidad. Ho Chi-minh lideró el sector marxista, muy bien mimetizado dentro de un disfraz democrático. En apariencia, su lucha se adelantaba como movimiento nacionalista pacífico y abierto, en términos aceptables para el dominio francés. En la sombra, sin embargo, preparaba su instrumento revolucionario, consciente de que solamente la derrota militar podría obligar a Francia a ceder su voluntad de dominio.

Con un partido minoritario, no podía aspirar al éxito, obtenible tan solo mediante una acción nacional unificada. Por lo tanto, denunció a todos los líderes democráticos que adelantaban la insurrección logrando un doble objetivo: ganar la confianza de las autoridades francesas y suprimir brutalmente a todos sus opositores. Llegado el momento oportuno, pasó a la clandestinidad, iniciando la segunda etapa de la guerra revolucionaria. En la primera, la **incubación**, había logrado la unificación de la lucha bajo su mando.

La guerra de guerrillas fue a partir de entonces su instrumento visible, pero no el más importante de conseguir la victoria. La débil democracia survietnamita resultaba demasiado penetrable por procedimientos de infiltración. El pueblo vietnamita no la entendía, en tanto, el llamado nacionalista y la retórica incendiaria contra la dominación extranjera tocaban con fuerza las fibras de su espíritu. Francia aplicó todo su poder militar, para concluir, ya perdida Indochina, que había sido vencida en una guerra que jamás entendió.

Las guerras revolucionarias.

A la par con las luchas anti-colonialistas, se desarrollaron en diversas partes del mundo

revoluciones internas contra los regímenes imperantes. La Guerra Política cobró expresión en países tercermundistas no sujetos a dominación colonial, con preferencia en América Latina donde las llamadas **condiciones objetivas** constituían terreno abonado para la subversión.

Dando muestras de una de las condiciones más características de su accionar, la **flexibilidad**, adaptó sus motivos de lucha a las circunstancias imperantes en cada país. Elementos étnicos, violencia preexistente, presencia de regímenes dictatoriales, circunstancias sociales, se utilizaron con indudable maestría para provocar insurgencias internas, camufladas en algunos casos tras de caretas democráticas, abiertas en otros como insurrecciones marxistas-leninistas.

Ciertos denominadores comunes caracterizaron todos los conflictos de este tipo. Guerrillas y terrorismo constituyeron la forma más ostensible del desafío contra los regímenes por vulnerar, con lo cual estos, en su afán de supervivencia, asignaban a las expresiones armadas de la confrontación toda la prioridad, en tanto descuidaban los factores sicosociales y económicos. Superadas las fuerzas de policía a las que se asignó inicialmente la responsabilidad de hacer frente a la amenaza

“criminal”, los ejércitos regulares se comprometieron gradualmente en la lucha, con cuentagotas, sin adiestramiento adecuado para un tipo de lucha que se salía de sus patrones convencionales de empleo del poder.

La asimetría de la lucha se manifestó en toda su profundidad. Mientras los gobiernos declinaban en sus fuerzas armadas la responsabilidad total, la insurgencia aplicaba la Guerra Política, dentro de criterios de lucha prolongada en la que el tiempo obraba en su favor.

De las guerras de ejércitos a las guerras de pueblos.

Se dice que cuando Goethe presencié la batalla de Valmy, donde el desastrado ejército de la Revolución Francesa, casi acéfalo por la destrucción de la nobleza que lo comandó en tiempos de la monarquía, derrotó a las fuerzas de la coalición de la realeza europea, exclamó: “aquí terminaron las guerras de ejércitos y comienzan las guerras de pueblos”.

Se anticipaba siglo y medio a lo que habría de acontecer en la era contemporánea. Las luchas revolucionarias de la Segunda Posguerra Mundial, bien se desaten contra el colonialismo o para asaltar el poder reinante, revisten

la condición presentida por Goethe. Son guerras políticas por cuanto su objetivo no es la destrucción de las fuerzas regulares en una primera instancia, sino el Estado como poder constituido.

Sin darle a este nuevo estilo de conflicto armado el nombre de Guerra Política, el Presidente John F. Kennedy fue quizá el primer estadista occidental en comprender y denunciar su naturaleza al decir: "es este un nuevo tipo de guerra, nuevo en su intensidad, antiguo en sus orígenes, guerra de guerrillas, subversión, rebeliones, asesinatos. Una guerra de emboscadas que reemplazan al combate abierto, técnicas de infiltración en lugar de la agresión manifiesta (...). Es esta una clase de contienda que se libra en los campos de la insatisfacción económica y de las inquietudes étnicas o sociales del mundo actual"⁽¹⁾.

Por su parte Martin van Creveld en su apasionante obra **La Transformación de la Guerra**, dice: "En el futuro la guerra no será tallada por ejércitos sino por grupos que hoy se conocen como terroristas, guerrillas, bandoleros, subversivos (...) sus organizaciones obedecerán más a razones caris-

máticas que a líneas institucionales, motivadas no tanto por el profesionalismo como por lealtades de fanatismo ideológico..."⁽²⁾.

La guerra política rural y urbana.

Según el país donde se adelante la Guerra Política, el acento podrá ser marcado en la ciudad o en el campo. En el primer caso tendrá más el carácter de terrorismo, al estilo de lo que hoy ocurre en Irlanda del Norte y España. En el segundo, su fisonomía será guerrillera en esencia, aprovechando las ventajas de la naturaleza, el aislamiento, la carencia de vías, la marginación humana que suele presentarse en particular en tierras de colonización. Ocurrirá también que los dos ámbitos se combinen, aunque no es lo habitual como puede deducirse de los casos históricos sucedidos a lo largo de la segunda mitad del Siglo XX.

En la masificación de las urbes actuales, el terrorista encuentra campo favorable, pero detrás de su expresión ostentosa y de los efectos conmocionantes de su accionar se esconden procedimientos mucho más sutiles y efectivos de adelantar la Guerra Política. La infiltración del Estado en sus estamentos más vulnerables

(1) *Public Papers of the Presidents of the United States, John F. Kennedy, Washington, D.C. USGPO.*

(2) *Martin van Creveld. The Transformation of war. The Free Press, New York, 1990, página 197.*

es un arma favorita y de enorme eficacia. Pero no se detiene allí. La justicia, el profesorado, los intelectuales rebeldes, el clero, la universidad, los sindicatos y las centrales obreras son todos blancos en extremo remunerativos, que llegado el momento se utilizarán contra las fuerzas regulares para entorpecer su acción, paralizarlas, desfigurar sus actuaciones, apartarlas de la población civil.

En el ámbito rural, las autoridades muchas veces desprotegidas e indefensas se convierten en objetivos por demás fructíferos. Bien por medio del terror, bien presionando a los electores para conseguir la designación de elementos que les sean proclives, los cultores de la Guerra Política buscan hacerse a las riendas del poder y utilizarlo para sus propios fines.

El Estado ante la Guerra Política.

El Estado democrático exhibe una inquietante vulnerabilidad ante la confrontación política. En primer término porque no suele entenderla en su real magnitud. Frente a la guerrilla y al terrorismo, no encuentra otra respuesta que la de sus fuerzas de seguridad, sin ocuparse del examen profundo de las causas que pueden estar originando el conflicto, o que se manipulan hábilmente para desatarlo.

Los partidos políticos, que en teoría son los pilares de las formas republicanas de gobierno, se pierden

en sus preocupaciones inmediatas, en la puja burocrática, en las maquinaciones electorales, en el juego obsesionante de la controversia gobierno-oposición. Los medios informativos por lo general resultan comprometidos en el mismo juego y terminan prestando a la insurgencia política servicios inestimables.

Se olvida frecuentemente que en las luchas de origen ideológico, aunque ese origen puede sufrir metamorfosis profundas a lo largo de su recorrido, el objetivo es la mente y el corazón del hombre. Que quien gane la adhesión del pueblo vence en la Guerra Política. Esta naturaleza psicológica del conflicto no se comprende en su real dimensión, mientras que quienes lo conducen desde las toldas revolucionarias la valoran en lo que es verdaderamente y se valen de todos los recursos para el logro de sus propósitos.

Banderas de derechos humanos, restricciones presupuestales, descrédito de las instituciones armadas, empleo de instancias fiscalizadoras desentendidas de la realidad del conflicto, conspiran contra la fortaleza y la moral de las fuerzas armadas que el propio Estado posee para su defensa, y en las cuales delega la responsabilidad máxima de asegurarlo y protegerlo. En suma, todo parece justificar la cínica frase de Lenin: "la democracia capitalista nos tenderá el lazo con el que vamos a ahorcarla".